



CATARSIS

Rodríguez Gallegos Alan

Catarsis.

Alan Rodríguez Gallegos.



Capítulo I.

¿Tren?

Escuché un ruido, abrí los ojos y me encontré en un lugar que prefiero no recordar, sentí una mirada e inmediatamente después un frío resoplido en mi hombro, voltee y lo único que recuerdo es haber aparecido inmóvil en aquella aburrida habitación de un color que recuerda a un hospital noventesco; intenté moverme, pero todo el trabajo fue en vano, usé todo el aire en mis pulmones para gritar como nunca y nadie me escuchaba. Momentos después, mi cuerpo se llenó de un frío sepulcral y sentí como mis piernas se humedecieron e inmediatamente (y casi por capricho del destino) recuperé la capacidad de controlar a mi ser, salgo lo más rápido posible de la cama y fue ahí cuando me percaté de aquel incidente en mis pantalones. Me quité aquella pijama y me dispuse a tomar un baño, al entrar en la ducha recordé por un instante preciso mis fracasos amorosos. La decepción invadió mi ser y la incertidumbre se apoderó de mí al recordar que aquellas personas son más felices en mi ausencia. Al salir de la ducha con un vacío en mi ser, recuperé la noción del tiempo y casi por defecto comencé a correr y guardar mis cosas en aquella

mochila con muchas envolturas de dulces que no recuerdo haber comido nunca, tomé el cargador de aquella computadora llena de stickers y la guardo, agarré el mejor perfume que tengo para ponerme un poco en el cuello.

Encendí el auto, subo mis cosas y saqué un poco de basura de aquel Gol de color rojo cual cereza y con polvo presente en los cristales que me regaló mi padre. Justo antes de irme, regresé en el instante preciso en que escuché a mi gato, un sobre fue suficiente para calmar su hambre; salgo de la cochera con más prisa y conduzco tan rápido como la ley me lo permite. De camino a la universidad escuché un pitido imponente a lo lejos, todos los autos a mi alrededor comenzaron a acelerar, por consecuencia yo hice lo mismo. Aquel extraño ruido era nada más y nada menos que el tren. En el momento exacto en que me percaté de aquel monstruo a toda velocidad frené como nunca en mi vida, algunos otros solo aumentaron su velocidad, y como era de esperarse; fui espectador del más atroz espectáculo ocurrido a unos metros de su agradable narrador. Mi persona estaba

congelada como un glaciar, lo único que pudo hacer fue encender las direccionales, y segundos después llamar una ambulancia, momentos después llegó una. Para ese entonces el tren ya había terminado de pasar y aunque habían sido un par de segundos se sintió como si hubieran sido horas.

Lo único que podía observar eran restos de aquel Nissan blanco. Me fui en cuanto recordé que aquel viernes tenía un examen muy importante y era imposible posponerlo. Al llegar y reunirme con algunos amigos, desconcertado y agitado les conté lo sucedido, y aun después de una hora mi corazón palpitaba como si no hubiera mañana.

Comenzó el examen y no dejaba de pensar en que les había pasado a las personas en ese automóvil, imaginando si había niños, si era una persona mayor, o si había sobrevivido aquella grotesca mañana. Al volver en mí y percatarme del tiempo restante para entregar el examen, emprendí acción y contesté lo más rápido que mi ser me lo permitía. Sudando mientras me congelaba

entregué el examen, y sorpresivamente justo después de volver a sentarme sonó el timbre. El resto de las clases fueron parecidas, hasta que me fui, en el camino a casa iba más lento que de costumbre, con la radio apagada, mientras recordaba aquella escena en mi cabeza, al pasar por ahí de nuevo ya no estaba el auto y solo quedaban vestigios de lo que en algún momento fue un carro.

Al llegar a casa me senté en la sala a analizar todo lo sucedido, encendí mi computadora y me dispuse a buscar información de aquello que seguramente sería el ladrón de mi descanso noctámbulo.

Capítulo II.

¿Yo?

Un taciturno amanecer se apoderó de mis pensamientos mientras me bañaba y elegía qué ponerme ese día; al igual que el sol, mi felicidad abandonaba las fajas de la tierra en un santiamén por las noches. En mi mente, el amargo recuerdo de aquel fatídico día se immortalizaba en los diarios de mi vida. Camino a la universidad, decidí (por capricho propio) ir en busca de alguna cafetería para compensar el insomnio presente la noche anterior.

Al entrar con una desesperada e indisimulable mirada, me senté en el primer asiento libre que encontré (con una tremenda necesidad de tomar aquella bebida amarga y de color oscuro que se apoderaba de mi ser como la noche al sol). Todos estos pensamientos se dispersaron casi inmediatamente al ver a una mesera de belleza celestial y sin comparación mortal aceptable.

Atónito e inmóvil intenté responder a su pregunta «¿Qué va a llevar?», tartamudeando y casi sin darme cuenta de

que estaba gritando, le respondí «*Un café*» (si, en una cafetería). Al percatarme de la cara de extrañeza de aquella hermosa *devotchka*, me sonrojé como nunca había sentido, mis manos comenzaron a sudar mientras mis piernas se volvían glaciares. Al final, decidí optar por un infantil y agradable capuchino. Mientras esperaba con ansiedad y mucha pena al tener aquella escultura renacentista viviente frente a mí, miraba mis zapatos y revisaba mis bolsas como si estuviera buscando algo, por fin llegó mi bebida, apenado y con la mirada enfocada en el suelo, le agradecí y tomé mi café.

Antes de irme, mi aventurera alma decidió acercársele e invitarla a salir algún día. Y para fortuna de su muy bien parecido narrador; ella aceptó y me propuso ir esa misma noche a un restaurante pintoresco cercano a la cafetería. Me fui rápidamente intentado ocultar aquella sonrisa indisimulable de felicidad y ansiedad, por un momento me sentí la persona más afortunada del planeta, yendo camino a la universidad y sin darme cuenta tarareaba “*come fly with me*” como si nada importara (y era cierto,

nada más importaba) y todo fuera un juego. Al llegar a aquellos salones con olores extraños e intrínsecos me senté y tomé todas y cada una de las clases con la mejor disposición posible para un estudiante de Artes. Mientras más avanzaba el día, más fuerte se hacía mi deseo de encontrarme a quien en un instante se volvió dueña de mis pensamientos.

Hermosa mujer

de piel canela,

¿Cómo te puedo tener?

Si eres lo que mi vida anhela.

Quiero llevarte hasta la cima del universo,

quiero perder el tiempo

y no encontrarlo ni un momento.

Cambias de color

y te vas a la sombra,

pero con el sol

pierdes la calma.

Cuando el norte se vuelva el sur,

*cuando el mar pierda su inmensidad,
cuando el arcoíris pierda su color,
cuando es sol deje de brillar,
cuando la miel no tenga sabor,
hasta entonces me vas a amar.*

De camino a casa no pude evitar cantar esas canciones que creí nunca más poder disfrutar, al llegar lo primero que hice fue abrazar a Pancho (mi gato), sin perder el tiempo tomé un baño y mientras buscaba aquel traje de lana que mi madre me regaló aquel verano, me imaginaba una noche perfecta que tal vez podría ser posible.

Un poco de perfume en el cuello y la cintura fueron suficientes para calmar ese inexistente olor a miedo. Decidí llegar cinco minutos después de lo acordado para no parecer ansioso, al llegar a aquel lugar cercano a la catedral, me sequé el sudor rápida y disimuladamente de las manos mientras caminaba lentamente fuera del restaurante, al entrar vi una luz deslumbrante a la distancia; el carmesí de sus labios y su vestido me

hipnotizó y sin parpadear, me senté y saludé sin dejar de mirar ese hermoso rostro.

Me disculpé por hacerla esperar, aunque yo sabía que no tenía más de un par de minutos esperando; ella me dijo «*no pasa nada*», le pregunté cómo había estado su día, ella sin mucha convicción me contestó «*pudo ser mejor, gracias. ¿y el tuyo?*» a lo que sin dudarlo ni un segundo contesté con una voz desmedidamente alta «*fue uno de los mejores de mi vida*», ella (como era de esperarse) se mostró incomoda y hasta cierto punto preocupada, aunque ahora que escribo esto no si se preocupaba por ella o por mí.

Conversamos un poco mientras traían aquella pasta que ordenamos, descubrí que llevaba trabajando tres años en la cafetería y que su padre había muerto en un accidente automovilístico camino a Guadalajara, y aunque parecía ya hacer pasado mucho tiempo de ese suceso; decidí cambiar rápidamente el tema y hacer un poco más memorable la velada. Le pregunté si era creyente o

fanática de alguna religión; a lo que, para la suerte de su amigable vecino, ella respondió *«no, creo que dios no existe, y si lo hiciera no sería todopoderoso»*, esas fueron las palabras que más alivio me han dado en toda la vida, saber que concuerdo de una manera tan exacta con una persona es una sensación indescriptible.

La cena siguió viento en popa hasta que una llamada hecha por el infortunio mismo se hizo presente, *«¿hola?, si amor, ya casi llego a casa, estoy cenando con un nuevo amigo.»*. La llamarada de mi ser se apagó como si mi alma se hubiera hincado ante la tempestad.

Intenté aparentar que no escuché absolutamente nada; ¡y claro!, no puedo molestarme por algo de lo que ella no está consciente. Al regresar y volver a sentarse en nuestra mesa; ella creyendo que yo no había sido testigo de aquel suceso, se disculpa y dice *«perdón, mi abuela no puede dormir»*, yo (con una tranquilidad solo presente después de una tormenta), le digo *«no te preocupes, estas cosas pasan más de lo que te imaginas»*, seguimos conversando

un poco más y después llegó el momento de despedirnos.
Yo le propuse acompañarla a su casa, ella dijo que estaba
bien y caminamos unas cuantas calles hasta llegar a
aquella incomprensible y agradable morada.

*Espera un poco,
un poquito más,
para llevarte mi felicidad.*

Capítulo III.

¿Tú?

Al día siguiente (como en mis sueños), no podía dejar de pensar en ella, era obvio que regresaría a aquella cafetería solo para ver al motivo de mi taciturna imaginación. Al llegar, ella me saludó como a cualquier otro cliente (aunque por alguna razón creí que había sido por alguna otra razón), yo pedí otro capuchino y de nuevo la invité a salir y comer algo. Esta vez le propuse ir por un gazpacho, ella se emocionó y me dijo «*salgo a las dos, ¿qué te parece si me esperas?*». Siendo sinceros no pude evitar sonreír, ella sabía que le interesaba mucho (y seguramente para algo más que amigos), aunque había algo extraño que no lograba comprender: - ¿Por qué no me había dicho que tenía novio? Si ella sabía que me estaba interesando en ella. Después de tomar me café llegué a la escuela, aunque la mayoría de los profesores se ausentaron.

Al llegar la hora prometida decidí irme de la universidad y manejar unas cuadras hasta llegar a la cafetería para pasar

por ella. Solo esperé unos segundos, en cuestión de nada ella salió (con una mirada apresurada y tal vez un poco preocupada), yo le dije que subiera al auto y la llevaría a comer un gazpacho cerca del centro histórico. Seguimos platicando, pero no hubo nada interesante o verdaderamente destacable para contarlo. Al terminar de comer junto a ella, la llevé a su casa y dos despedimos.

Después de eso, recibí una llamada de un tal “Salvador” (bastardo), un viejo amigo de la preparatoria me invitó a un bar cercano para platicar un poco. Al cabo de unos tragos dejé de estar consiente de mi existencia y según algunos amigos presentes esa noche, Sali corriendo rápidamente (olvidando el auto) hacia casa de quien yo mencioné como *«el amor de mi vida»*.

¡Ahora recuerdo!; claro, fui a casa de Brenda (si, aquella mesera), fui a su casa a pedirle una explicación, *«¿pedirle una explicación?»*, *«si, fui a declararle mi amor»*. Si, recuerdo hacer llegado a su casa y para no despertarla forcé la cerradura de su puerta trasera, algunos perros de

casas vecinas comenzaron a ladrar, pero supongo que nadie le dio importancia. Entré y me quité los zapatos para no hacer ruido sobre aquel suelo de roble. Subí las escaleras de una manera tan lenta y silenciosa que nadie pudo haber visto o escuchado en aquel centro de la noche.

Seguramente en este punto estarás creyendo que estoy loco; pero dime, ¿un loco sería tan cuidadoso?, ¿en verdad crees que un loco sería tan metódico incluso bajo los insumos del alcohol? Entré a su cuarto y de la manera más lenta posible y con un movimiento rápido y preciso la tomé por el cuello y supongo que sin medir en volumen le grité «¿*me amas?*», ella con una mirada verdaderamente asustada solo pudo mirarme como si fuera un ser despreciable. Al parecer le estaba apretando demasiado el cuello, la solté por un instante que fue suficiente para que ella tomara aire y gritara por ayuda. De manera involuntaria y casi por instinto le di una patada en la quijada que la desmayó por unos instantes. Me quité en cinturón y la amarré en la base de su cama, mientras observaba aquel hermoso rostro sobre un charco de

sangre; mi ser se llenaba de odio y sin dudarlo ni un segundo, fui a la cocina y tomé el cuchillo más grande que encontré, mi sangre se volvió un glaciar y con mucha fuerza, le clavé el cuchillo en el corazón (o lo que creo, fue el corazón; nunca comprendí la anatomía), ella (aunque inconsciente) se movió un poco e hizo un ruido parecido a un grito ahogado. Y cuando aún luchaba por vivir, la tomé de la cintura y me fue imposible no deleitar mi ser con aquel cuerpo perfecto, hice de las mías unos cuantos minutos hasta que su cuerpo se tornó frío, cuando su mirada gritaba por saber que estaba a punto de morir, cuando por alguna razón su cuerpo comenzó a pesar un poco más (¡era cierto, los muertos pesan más!).

Al caminar al baño escuché un rechinado que resultó ser una vieja tabla en el camino, ese sonido resultó en una fabulosa idea, enterrarla bajo el suelo de su cuarto. Llegué al lavabo y me quité la sangre que había entre mis dedos. Lavé mi cara para quitarme el sudor de la frente, busqué un martillo o algo parecido, moví su cama y comencé a quitar algunas tablas con mucho cuidado, al cabo de unas

horas pude meter su cuerpo y tapar todo de nuevo, tomé una alfombra que estaba en la sala y la puse debajo de la cama, decidí irme (y ahora que pienso en ello, esto me da una tranquilidad incomparable).

Eran las cinco de la mañana y el silencio de la habitación me arrullaba, estaba profundamente dormido, pero fui bruscamente interrumpido por el timbre de la puerta. Era la policía.

Continuará... (o tal vez no).

Dime, ¿crees que esto es irreal? Es más común de lo que crees, asesinan a muchas mujeres en situaciones surrealistas y que solo podrían ser posibles en un cuento de Edgar Allan Poe. No confundas la amabilidad con amor.

Glosario:

- **Devotchka:** Palabra de origen ruso devochka (девочка) que significa Chica.